

sulta que la palabra es cosa santa, ya por su esencia, su origen y su fin, ya por los servicios que presta; y si ella se desarrolla y florece en los labios humanos como planta llena de vida, ha de hacerlo según su naturaleza, a fin de que no pierda con su agilidad y hermosura la virtud educadora que la caracteriza. Por eso os habéis congregado, señores académicos, para coadyuvar las tareas de la ilustre Academia española, que limpia, fija y da esplendor a la palabra castellana; y por eso entro gozoso en vuestro seno, sintiendo solamente no traer las aptitudes y conocimientos que labor tan hermosa y trascendental requiere.

Respuesta del Director de la Academia

DON RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

AL DISCURSO DE RECEPCIÓN DE DON MARTÍN RESTREPO MEJÍA

Dos son, entre muchos, los títulos principales que, en mi humilde concepto, han abierto al señor don Martín Restrepo Mejía las puertas de esta Academia: robustos y muy bien escritos estudios de filosofía cristiana, y una labor pedagógica de largos años, en la cátedra y el libro.

Si deseabais, a propósito de la recepción de vuestro nuevo colega, oír el panegírico de la ciencia informada por la fe, debisteis elegir para el discurso de contestación al que entre vosotros es saludado heredero intelectual de Rufino José Cuervo y de Miguel Antonio Caro, al que aúna a los laureles de filólogo, gramático y literato, los de maestro en derecho internacional y discípulo aventajado de la escuela de Santo Tomás y campeón de sus vivíficas doctrinas; al que alzó a la patria y a la religión un monumento imperecedero de ciencia filosófica y teológica en el discurso sobre Jesucristo, oración que parece, por la profundidad de la materia y el brillo de la forma, capítulo que se le hubiera olvidado a uno de los Luises.

Y si vuestro anhelo era escuchar un elogio de la arte educadora, en vuestro seno contáis al decano de los catedráticos de Colombia, al modesto sabio cuyos excelsos merecimientos tuve la satisfacción de encomiar en vuestra presencia, en ocasión no muy remota.

No obstante eso, dispusisteis que fuera otro quien respondiera al académico nuevo, y echasteis sobre mis hombros, débiles de suyo y quebrantados por fatigosas labores, la carga que, según se me antojaba, correspondía a vuestras fuerzas varoniles. Preciso me fue inclinarme ante vuestro querer; la obediencia es virtud que se doblega al mandato, aun sin conocer las razones que lo abonan.

Hace muy cerca de treinta años que vino a mis manos un libro nacional titulado *Elementos de pedagogía*. Lo principié, por lo que el asunto me importaba, y fue creciendo mi interés a medida que iba adelantando en la lectura, porque hallé orden en las ideas, verdad en las doctrinas, y limpia corrección de estilo y lenguaje. Lo que me produjo gratísima sorpresa fue que la parte relativa a la naturaleza y facultades del hombre era un compendio de psicología católica, ajustada a la doctrina de Santo Tomás; de suerte que semejaba escrita por algún sacerdote que hubiera encanecido sobre las páginas inmortales de la *Summa*. Y esto acontecía cuando la filosofía tomista acababa a penas de reaparecer en Colombia y se recataba tímida en las aulas de algunos seminarios diocesanos.

Logré saber en breve que los autores, don Luis y don Martín Restrepo Mejía, eran dos jóvenes antioqueños, naturales de Medellín, domiciliados en el valle del Cauca, donde regentaban un colegio privado de segunda enseñanza, y oriundos de una familia que, por entrambas líneas, había dado soldados a la patria y sabios catedráticos a la república naciente.

Don Luis estudió humanidades y filosofía—¡y qué bien se la enseñaron!—en el Colegio de Jesús, dirigido en Medellín por el inolvidable padre don José María

Gómez Angel, después canónigo de aquella catedral; pasó de allí a la Universidad de Antioquia con ánimo de aprender medicina; pero la guerra civil de 1876 le forzó a dejar los claustros escolares, vestir uniforme militar y salir a campaña en defensa de su estado nativo. Menguado el patrimonio con los azares de la guerra, la familia se estableció en la ciudad de Buga, y allá, en el paraíso caucano, halló don Luis su vocación verdadera, la de maestro y educador de la juventud. En compañía de su hermano Martín, cinco años menor, y a quien había ayudado a instruir con paternal cariño, fundó en la ciudad mencionada, y trasladó más tarde a Palmira, y por último a Cali, un colegio que llamó con el mismo nombre que aquel otro donde habían corrido los 'dulces años de su infancia. Realizó más tarde un viaje de estudios a los Estados Unidos, y fue nombrado, a fines de 1886, inspector provincial de instrucción pública. Al año siguiente, debilitado por continuas fiebres, emprendió visita escolar en su provincia, salió a caballo, de uno de los pueblos del valle, y no volvió a saberse de él, hasta que, cinco días después, su hermano que le buscaba acongojado halló el cadáver insepulto en una llanura desierta. Aquella tragedia despojaba a don Martín de un padre, un amigo, de la mitad de su alma. *O dimidium animae meae!* podía clamar con mejores títulos que el poeta de Venusa a la partida de Virgilio. Porque Dios concedió a los hermanos Restrepo almas gemelas. Imposible concebir mayor semejanza entre dos hombres, en creencias, en gustos, en empleos; las cualidades del uno eran las del otro: la prosa del segundo en nada difería de la del primero; como poetas, parecen uno solo.

Y Luis Restrepo Mejía lo fue de veras. Obtuvo el primer premio en el concurso abierto para celebrar el centenario del Libertador, con la oda titulada *Las glorias de la patria*. Permitidme recordaros dos breves pasajes de esa bellísima poesía.

Pone estas palabras en boca de los soldados de la Independencia:

Es dulce ¡oh patria! de la paz bendita
el sueño reposado,
cuando en el aire flota
el pendón nacional nunca humillado;
pero, si libre el corazón palpita,
y el látigo cruel la espalda azota;
si sentimos de odiosa servidumbre
la ominosa señal sobre la frente;
si nos oprime el déspota insolente
del yugo con la odiosa pesadumbre,
es entonces la paz la cobardía:
¡santa es la guerra entonces, patria mía!

Describe así el combate de Junín:

No del cañón resuena el retumbante,
el hórrido estallido,
ni el silbo de las balas estridente:
sólo vibra la lanza sordamente
al hundirse en la carne palpitante.
El largo cuello en arco recogido,
la crin al vago viento,
el ojo en movimiento,
el pecho jadeante,
lanzando resoplido resonante,
el corcel en el aire se estremece;
del combate al ruido se enardece,
y la delgada pierna temblorosa,
si un instante se posa,
un instante, en el suelo,
torna a lanzarse en vigoroso vuelo.

Esta composición y otras, escritas antes y después, y que han sido reunidas en un volumen, acreditan a Luis Restrepo Mejía de legítimo poeta, que si bien no alcanzó a las cumbres, conocidas de algunos de vosotros, donde volaron José Eusebio Caro y su hijo egregio, Rafael Pombo, Diego Fallon y Belisario Peña, se mostró fiel a las tradiciones clásicas, principalmente a la del grande Ortiz, y noble en pensamientos, caluroso de afectos, y correcto, si no rico, en la factura artística.

He recordado a Luis Restrepo Mejía, tanto por refrescar la memoria de un colombiano ilustre, como por

que juzgo que nada habrá más grato al corazón de su hermano, a quien estamos recibiendo; y me abstengo de mencionar prolijamente los méritos y calidades de nuestro nuevo socio, para no destruir la satisfacción del cariño fraterno con la pena de la modestia ofendida.

¿Para qué deciros que ha desempeñado importantes y elevados puestos oficiales, si ellos no son llave que abra las puertas de las academias del idioma? Mejor sería rememorar que es poeta inspirado y elegante, y ha trillado el pedregoso sendero del periodismo político, por donde pasa en Colombia todo el que es escritor y muchos que no lo han sido nunca, y que llegó al cabo de la senda con el honor ileso y la conciencia tranquila. Convendría justificar el encomio que, al principio de este deshilvanado discurso, os hice de su labor educadora. Fue seis años rector de la Universidad del Cauca, y hoy dirige uno de los mejores colegios de esta capital de la República. El señor Restrepo Mejía es pedagogo insigne, no sólo porque conoce su profesión a maravilla y la ama con entrañable cariño, sino porque hay en él un admirable concierto entre sus doctrinas filosóficas, sus opiniones políticas, sus gustos literarios, sus creencias religiosas y las prácticas de su vida, el cual comunica unidad perfecta y fuerza avasalladora al gobierno y enseñanza de la niñez y la juventud.

No ha limitado su acción a las aulas y los claustros de sus colegios, sino que la ha extendido a toda la nación y aun a alguna de las repúblicas vecinas, componiendo primorosos libros de texto sobre casi todas las materias de enseñanza secundaria, desde lectura hasta didáctica superior; desde gramática elemental hasta filología; desde rudimentos de geografía y aritmética, hasta lógica y antropología. Todos esos libros son metódicos, exactos y claros.

Esta última condición me enamora en toda obra literaria o científica, y nunca he podido persuadirme de que lo enmarañado de la forma corresponda a la pro-

fundidad del pensamiento; antes bien, he llegado a sospechar que la falta de diafanidad en la expresión es fruto de lobrete en las ideas. Pero en busca de tan preciada cualidad puede delinquirse por exceso. La sagrada Biblia nos enseña que Dios es luz, y puso en el sol su tabernáculo, pero también que se esconde en las tinieblas: *posuit ténebras latibulum suum*. Hay verdades oscuras para el entendimiento humano, y pretender aclararlas de repente, es convertirlas en error. Claridad y sencillez no son sinónimos; unos son los libros de leer y otros los de estudiar, y estos últimos de ordinario han de tener oscuridades que no se disipan sino con la palabra viva del catedrático.

Mas ¿a qué continuar enumerando los merecimientos de vuestro colega, cuando vosotros los conocéis mejor que yo, puesto que con vuestros sufragios lo elegisteis?

Acabáis de oír el lindo discurso con que nos ha regalado, y en el que se muestra, junto con el filósofo tomista y el pedagogo eminente, el literato rebosante de calor y de luz, comprobándonos que el magisterio cristiano, lejos de secar, robustece las facultades estéticas. Entre el institutor y el niño hay un intercambio de tesoros: el primero comunica al segundo parte de su madurez y experiencia, y recibe en trueque auras de juventud que le refrescan la mente, ímpetus apasionados que le aguijan la voluntad; ricas imaginaciones que le irisan la fantasía. No hablo sino del maestro cristiano; no del mercenario, que se sienta en la cátedra por ejercer autoridad discrecional sobre alguien y por ganarse la vida haciendo que educa, a falta de otra ocupación menos penosa.

El discurso del señor Restrepo Mejía en que se combinan con oculto vínculo, *cállida iunctura*, la filosofía tomista, el arte pedagógico y los primores literarios, ha vuelto a presentarme el viejo problema, mil veces planteado, quizá nunca definitivamente resuelto: ¿hay didáctica literaria? ¿hay literatura docente? El enigma

se discute en el campo retórico, pero pertenece en realidad a los ámbitos de la filosofía.

La unidad, la verdad y el bien son, diría yo si estuviera disertando en aula de metafísica, atributos trascendentales del ente. Pero, como además de vosotros, veo en mi auditorio damas y caballeros que ninguna obligación tienen de saber lo que llamó el insigne Menéndez y Pelayo, con injusta frase, *la jerga escolástica*, diré que todo sér es necesariamente uno, verdadero y bueno. Un sér sin unidad, verdad y bien es absurdo, como lo sería un triángulo sin tres lados. Además de esas perfecciones, poseen los seres otra que se llama belleza, cuya definición han ensayado muchos y no ha encontrado nadie; pero que todos conocemos, admiramos, sentimos. No se ha logrado hallar la noción esencial de lo bello, como si Dios hubiera querido humillar el orgullo humano haciéndole ignorar la íntima naturaleza de lo que más ama, de lo que más admira, de lo que con mayor fuerza lo embelesa. *Esplendor de lo verdadero*, afirmó Platón; *brillo de la bondad*, *fulgor de lo ideal*, *del orden*, *de lo uno en lo vario*, dijeron otros. Los vocablos *resplendor*, *brillo*, son metafóricos, y la filosofía no admite definiciones figuradas.

Si todo es verdadero y bueno, donde no se hallen la verdad y el bien no hay sér, ni ha de encontrarse la belleza, que no puede subsistir en la nada. *Rien n'est beau que le vrai*, dijo Boileau, maestro de mis catedráticos de retórica. Cabe preguntar si es lícito afirmar la recíproca y decir que todo cuanto goza de verdad y de bien esplende con los fulgores de lo bello. Habéis oído a nuestro colega explicar magistralmente cómo verdad, bien, unidad, hermosura, son reflejos de las infinitas perfecciones del Supremo Sér, *huellas de los divinos pasos*, según la profunda y pintoresca frase de San Buenaventura. Es común sentir de teólogos y filósofos cristianos que las esencias de las cosas, por cuanto son copias fidelísimas de las ideas del entendimiento increado, necesariamente están dotadas de belleza. Mas cuan-

do adquieren la nueva actuación que apellidamos existencia, cuando pasan del orden intelectual al de la realidad, suele perderse o eclipsarse a lo menos la hermosura, por defecto de las causas segundas que en la producción de las cosas intervienen. Bellas son las relaciones de los números entre sí, y ellas inspiraron a Platón y a San Agustín páginas desbordantes de elocuencia y de poesía; bella la manera como nacen las palabras en los idiomas nuevos, unas veces arrojándose a las formas de la lengua madre, otras apartándose de ella; obedeciendo a las leyes de eufonía, o a la índole del pueblo, o al contacto con otras hablas de naciones más poderosas y absorbentes; y en el recinto de esta misma Academia se han aplaudido discursos filológicos por personas concurrentes a nuestras solemnidades y ajenas a tales disciplinas. Pero, como observa donosamente el Cardenal Mercier, no hay emoción estética en aprender la tabla de multiplicación ni los tiempos simples de los verbos irregulares.

El universo irradia belleza en todos los seres que lo forman, desde el cono nevado del Tolima que ve las nubes a sus plantas, hasta el cono azul de la frágil batatilla que se mece un instante en el tallo trepador que la sostiene

y se marchita con la luz del sol;

desde los mundos luminosos que tachonan el dombo del firmamento, hasta los intermitentes fanales del cucuy,

que huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

Los griegos, absortos ante las maravillas del universo, lo llamaron *cosmos*, que significa *orden*, *ornamento*, *decoro*; y los latinos le dieron el nombre de *mundo*, que equivale a *limpio*, *sin mancha*.

El señor Restrepo Mejía nos ha dicho cómo otorgó Dios al hombre el maravilloso poder de producir la be-

lleza, no sólo copiando la de las cosas naturales, sino purificándola de escorias, acendrándola, combinando los objetos singulares para formar un ideal, tanto más alto cuanto mayores las facultades del autor; meta a que va acercándose más y más, sin alcanzarla nunca. Por eso a las obras del genio se las llama creaciones; requieren, es verdad, materia preexistente, pero la forma sustancial que las anima y modifica brota pujante de la mente del artista.

Las artes son la expresión externa de esta potencia creadora, y las que hacen llegar al espíritu, por los dos sentidos más nobles, la luz de la idea, el contorno de la imagen, el calor del afecto. Se sirven las artes ópticas de la línea y del color; las acústicas, de aquella música articulada que se llama la palabra, y del lenguaje universal, sin vocablos, que se apellida música.

Para tornar al asunto del discurso que estoy contestando, dejo las artes de Fidias, Rafael y Bramante, y la divina de Beethoven y Wagner, y vuelvo al tema de la palabra humana. Sirvenos para enseñar la verdad, inculcar el bien honesto, hacer destellar la belleza en los labios y la pluma de oradores y poetas. Mas, estos tres oficios del verbo ¿son independientes entre sí, o han de tenerse por inseparables, o se les debe considerar como aliados, sólo en determinadas ocasiones? Una escuela extremosa, la que invoca al *arte docente*, quiere que el fin único de la literatura sea iluminar los entendimientos con lumbre de verdad y mover las voluntades al bien; de tal suerte, que obra que nada enseñe nunca tendrá belleza alguna; será a lo sumo rumor de voces que halague los oídos, pero sin merecer el nombre sagrado de poesía. Esta doctrina arroja por las ventanas, como inservibles, muchas de las piedras preciosas que la humanidad guardaba con amor en sus joyeles; el mardrigal, verbigracia, de Gutierre de Cetina,

Ojos claros, serenos;

la copla española, naturalizada colombiana en la triste melodía del bambuco:

Dicen que no es muy triste
la despedida;
dile a quien te lo dijo
que se despidas;

y aquella cuarteta popular nacida en nuestra tierra:

Yerbecita de mi puerta,
¡qué verdecita que estás!
si se fue quien te pisaba,
¿qué hacés que no te secás?

No imaginéis, señores académicos, porque sería desdorado para mí, que yo crea que pueda existir arte literaria sin nobles pensamientos, y que una serie de renglones ajustados a ciertas leyes rítmicas sean, a mi juicio, poesía. Nunca pretenderé alojar en el palacio de las musas los versos latinos sobre los impedimentos del matrimonio que obligo a aprender de memoria a mis alumnos de teología moral:

Error, conditio, votum, cognatio, crimen;

ni los catálogos de la ortografía de Marroquín:

Con equis van exento, exordio y éxito,
crucifixión, elixir, exequible...

¡Ah, nó! La poesía es forma, es soplo espiritual que anima y vivifica a una materia, y esa es el pensamiento, el afecto, la imagen, que han de ser tanto más grandiosos cuanto más potente sea el aliento que los especifica y que los mueve. No habría podido Miguel Ángel realizar la sobrehumana imagen de Moisés, creada en su cerebro, sin un bloque enorme de mármol en que le cupiera el concepto de la mente. Pero no toda expresión hablada de la verdad y del bien es una enseñanza, porque el hombre, además de la autoridad, tiene otros criterios. Cuando leí por vez primera, en don Andrés Bello, que la América tropical

en urnas de coral cuaja la almendra
que en la espumante jícara rebosa,

nada nuevo supe sobre áquel manjar de los dioses, que había sido mi bebida favorita desde los primeros años

de la infancia; y cuando aprendí de memoria los mandamientos del decálogo, ya sabía yo que la mentira y el hurto eran pecado.

Mientras unos preceptistas pretenden barajar el arte literario con la ciencia, otros, adoradores de esta última, penetrados de su austera grandeza, de su utilidad incontestable, creen que se falta al respeto debido a la diosa, si se la recubre con las galas de la hermosura, si se acatan siquiera, al exponerla, las leyes de la derivación y la sintaxis. Quieren, a semejanza del antiguo Diógenes, que la sabiduría ande cubierta de harapos y viva en el fondo de un tonel. No advierten que Dios, cuyas obras no tienen tacha, no sólo las hizo perfectas, para sus fines respectivos, y útiles a la armonía del universo, sino las circundó de esplendorosa belleza. No tuvieran las flores el vestido que no alcanzó Salomón en el día de su gloria, no fueran los insectos gemas vivientes, ni reflejaran las mariposas en sus etéreas alas todos los colores del iris, y no por eso cumplirían menos bien sus providenciales destinos. El diamante es un trozo de carbón cristalizado, y Dios puso en él una chispa de los fulgores siderales.

Pasando de la belleza natural a la artística, hay un libro, inspirado por la Eterna Sabiduría, para enseñar a la criatura racional las más profundas verdades, para conducirla a la felicidad en ésta y en la futura vida; y ese libro es el más bello y sublime que ha salido de las manos de los hombres. Todos conocéis el pasmoso discurso del gran Donoso Cortés sobre la Biblia. ¿No fue Marco Tulio el más sabio de los romanos y el más elocuente de los oradores latinos? Tito Livio y Tácito escribieron historia, que es rama de la ciencia, y levantaron al arte, en las *Décadas* y los *Anales*, imperecederos monumentos. Es Granada el rey de los ascéticos cristianos, y si acaso no ocupa el primer puesto entre los clásicos españoles, a nadie le cede el segundo. Nunca he pensado que Buffon, Humboldt y Caldas renunciaran a la sabiduría, cuando esmaltaron sus obras de historia

natural con vívidas y elegantes descripciones. Dios, no sólo se viste de luz, sino que arropa con su manto a todas sus criaturas.

Así como la idolatría de la ciencia, hállese en el mundo la superstición de la hermosura, que ha dado el sér a la escuela que proclama *el arte por el arte*, entendiendo que, con tal que un objeto sea bello, nada importa que viole los fueros de la verdad, quebrante las leyes morales, ofenda la honestidad y la decencia. ¡Como si el hombre tuviera por fin último vivir extasiado ante las bellezas terrenales! Hay un género de sacrilegio en cubrir con un jirón de la divina veste las lobreguezes del error y la mentira, las úlceras infectas de la perversidad humana; es el peor de los escándalos valerse de las mieles del arte para que beban los espíritus incautos el veneno que mata las almas, envejece prematuramente los cuerpos, debilita y hace decaer a las naciones.

Contra lo que acabo de exponer, surge naturalmente una objeción. ¿Cómo hay arte puesto al servicio del error y del pecado, si la belleza es fulgor de la verdad, resplandecencia del bien? No hay cosas falsas, ni falsas ideas tampoco; el error sólo reside en los juicios del humano entendimiento. La sirena, animal con cabeza de mujer y cola de pescado, es verdadera, como concepto mitológico de griegos y romanos. La falsedad estaría en afirmar que la sirena existe. A propósito, permitidme recordaros de paso que la palabra o frase que modifica a un sustantivo envuelve lógicamente un juicio; de donde locuciones como *lila bemol*, *rayos de acíbar*, *ojos inauditos*, *melodías de esmalte* y otras semejantes carecen de verdad y no cabe considerarlas como elemento artístico.

Resumiendo el hilo del discurso, no hay obra escrita que se componga íntegra de falsedades; aun en las peores, la verdad y el error se entretienen a modo de una tela de seda con áspera trama de estopa. Algo del esplendor de la verdad alcanza a traspasar las tinieblas de

la mentira, como llega al fondo de oscura mazmorra el tenue rayo de luz que entra por la alta y estrecha claraboya. Por lo que toca al bien, no sólo le hay honesto, sino también deleitable, y este último puede servir de fundamento a cierta especie de belleza.

Paréceme, señores, que las doctrinas extremadas que os he expuesto dependen de una confusión entre el fin inmediato y el destino último del arte. Consiste el primero en la creación de la belleza ideal; el segundo, que le es común con la ciencia y la moral, en perfeccionar al hombre en la vida presente y alcanzarle bienaventuranza en la futura. Si una obra, aunque nada enseñe, deja que resplandezca la unidad de la forma sobre la ordenada variedad de la materia, será bella; si además transmite verdades y mueve la voluntad a la virtud, será buena también. Sin olvidar, según observa el Cardenal Mercier, que “el artista, por el solo hecho de producir la belleza sin violar la ley moral, sirve a la causa del bien, porque hace prevalecer los goces estéticos sobre las satisfacciones groseras de la vida animal; y aunque sólo tienda a objetos moralmente indiferentes, el artista indirectamente moraliza.”

Lo que hubiera querido recordaros con palabras, lo tenéis en el discurso de nuestro colega, que ha sido una lección de filosofía pedagógica engalanada con los primores del arte; o, si os parece mejor, un bello discurso literario ennoblecido con científicas verdades. ¡Que no sea ésta la última joya que labre para nosotros! ¡Concédale Dios largos años, para bien de sus hijos, alegría de sus amigos, provecho de la juventud estudiosa y honra de esta Academia!

